

VERANO DEL 75

Tal vez el mundo solo está hecho para los valientes. Aquellos a los que no les da miedo enfrentarse a sus propios demonios, que mantienen sus garras afiladas por si alguna vez tienen que usarlas, mientras van esbozando por el mundo una enorme sonrisa. Personas que saben exprimir su esencia, y que pisan el asfalto con botas de piel de serpiente. Quizás la vida no es más que eso, ser capaz de ponerse el mundo por montera y salir al ruedo a torear, dejando que la adrenalina inunde homogéneamente sus venas. Salir con la armadura de hierro forjado de sueños rotos y fundida con lágrimas de acero. ¿Pero cuántas veces hay que morir para ello? ¿Cuántas para que el dolor no traspase tu alma? O quizás ya no tienes alma. Quizás salió de tu cuerpo el día en que tu primer amor te dejó por tu mejor amiga; o el día en el que te diste cuenta de que ya superaste el medio siglo, y no has podido cumplir ni uno solo de tus sueños; o quizás en el proceso en el que viste como las personas que te dieron la vida se fueron apagando lentamente hasta convertirse en humo.

Levantó lentamente las manos del teclado y fijó la vista en ellas. Las manchas en su dorso le hacían recordar el largo camino recorrido. La piel morena, tersa y suave que una vez la habitó, ahora era un circuito arrugado de surcos por los que lentamente transcurrían ríos transitorios. Caminó lentamente hacia la cocina como si llevase los pies encadenados. Se sirvió una taza de té, ese que tantos buenos momentos le habían conferido. Aún recordaba la primera vez que lo probó, sólo tenía 19 años y toda una vida por delante para experimentar, aprender, e ir cumpliendo uno a uno todos aquellos anhelos que albergaba desde niña. A esa edad todo parece fácil, el camino es llano, a veces incluso cuesta abajo; y sientes que con una voluntad firme y una meta concreta nada te puede parar. Pero no siempre es así. Volvió a sentarse, esta vez lo hizo en el jardín, aferrada a su taza de té con ambas manos, cerró los ojos y como si de los fotogramas de una película se tratara, volvieron a su mente los capítulos de su vida que la marcaron y la llevaron a ser lo que hoy es.

Fue en el verano del 75, después de varios años sin hacerlo, volvían a pasar las vacaciones al pueblo. Ese año fue especialmente bueno para ella; había conseguido superar todas las asignaturas de la carrera con buena nota y los profesores le auguraban un futuro maravilloso como periodista.

El reencuentro con sus amigas de la infancia fue increíble, la de cosas que tenían que contarse, todos querían contar, pero, sobre todo, todos querían que ella les contara, querían saber cosas sobre ella. Era la única que había salido del pueblo y la única que tenía un futuro con un sueño inminente por cumplir.

Quedaron para verse más tarde, en la plaza del pueblo y aprovechando las fiestas de San Bartolomé, bailarían y reirían cómo antaño. Se puso el vestido rojo, el rojo siempre le gustó, sacaba de ella esa faceta de mujer fuerte, con carácter y un poco diva, y que ahora más que nunca era como se sentía entre sus amigas. Nada más llegar sus miradas se cruzaron, y ya no pudieron dejar de mirarse en toda la noche. Era el chico más guapo que había visto nunca. Tenía una extraña mezcla entre un personaje distinguido cuál aristócrata y a la vez un toque de chico pueblerino que no había llegado a la secundaria. El caso es que al final tenía más de lo segundo que de lo primero, aunque a ella no le importó. Y mientras España convulsionaba con la muerte de Franco, ella hizo suyo el dicho aquél de "*Contigo pan y cebolla*", y así fue cómo poco después se casaron. Sus padres pusieron el grito en el cielo, no era el futuro que querían para ella; a un año de terminar la carrera y dejarlo todo sin más; pero no había vuelta atrás, Ángela germinaba dentro de ella. Prometió a sus padres y a ella misma, que en cuanto Ángela fuese un poco mayor, retomaría los estudios y los acabaría. Y en medio de esa promesa llegó Pablo, un pequeño terremoto de ojos azules que congeló sus sueños. Pero algo que está congelado se mantiene indemne al paso del tiempo, esperando a que un golpe de calor lo devuelva a la vida. Y ese golpe de calor llegó el día en el que descubrió que el hombre por el que había abandonado sus sueños, en realidad solo se quería a él mismo y para su desgracia, también a María, su mejor amiga de la infancia.

Encontró trabajo como secretaria en una pequeña fábrica de cerámica, y así pudo sobrevivir durante un tiempo, aunque la cosa no pudo acabar peor. Su jefe denunciado por acoso y ella con el finiquito sobre la mesa. Lo que ella quería o intentaba ver por necesidad, como muestras de simpatía, acabó con la mano de su jefe dentro de su blusa. Difícil en aquél tiempo que alguien tomara en serio a una mujer separada y con dos hijos, así que se archivó la denuncia.

Es paradójico como una decisión, buena o mala, puede cambiar tu vida; pero la esencia siempre está dentro de ti; y así todas las noches cogía su bloc de color azul y en él dejaba una estela de pensamientos y reflexiones a veces a modo de poesía que más adelante le darían sentido a su vida.

No eran malos tiempos para encontrar trabajo, mas para una mujer y en sus condiciones, sólo encontraba trabajos poco cualificados. Así que no tuvo más opción que trabajar limpiando escaleras o alguna casa esporádicamente. Pero la esencia persistía, y a pesar del duro golpe que supuso el fallecimiento de su madre, un año después de la muerte de su padre; una pequeña herencia le permitió volver a matricularse en la Universidad. Estudiaba por las noches, durante el día trabajaba y cuidaba de sus hijos que andaban a caballo entre la niñez y la adolescencia.

Al fin logró licenciarse en periodismo, y con ello pudo mirar al futuro con ojos optimistas. Aunque la vida todavía no estaba dispuesta a allanarle el camino, y después de tocar a muchas puertas consiguió trabajo en un pequeño periódico de pueblo redactando esquelas. Pero no se lo pensó dos veces, hicieron las maletas y sin mirar atrás puso rumbo al camino que abandonó aquél verano del 75, que, paradojas de vida, fue el año en el que además de otros muchos acontecimientos que cambiaron el rumbo de la historia, fue el año en el que la ONU declaró el 8 de marzo, como el día de la mujer trabajadora. Difícil fue hacerse un hueco en un mundo de hombres, aunque pronto su inteligencia y persistencia le hicieron ganárselo.

Fueron muchos los premios y reconocimientos que fue obteniendo a lo largo de los años. Todos ellos a base de trabajo y constancia, pero sobre todo de amor hacia sí misma. A veces la vida nos pone pruebas, con el único objetivo de que nos demostremos a nosotros mismos que eso es lo que realmente queremos. Nosotros elegimos.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia el salón, se detuvo frente al aparador de madera de roble, los contempló, y como si necesitara cerciorarse de que estaban allí, de que eran reales, pasó sutilmente su mano sobre ellos. Volvió a su mesa de despacho, se sentó frente al ordenador, releyó el título "*Autobiografía de una elección*" y tecleó la palabra *fin*.